

LOS PROBLEMAS DE LA ECONOMIA ESPAÑOLA

José Luis Carreras Yáñez

En el período 1984/92 nuestra economía ha progresado sensiblemente: somos un 32% más ricos ahora que hace ocho años; o, mejor dicho, en relación con los habitantes, hemos pasado de un PIB por persona de 1.160.000 pesetas en 1984 a 1.500.000 en 1992, medidos ambos en pesetas actuales, de 1992, para entendernos mejor. O sea, que cada español es un 29% más rico que cuando comenzamos tal período.

Además, se crearon hasta 1991 unos 1.800.000 puestos de trabajo, un 16% de aumento, aunque más correctamente debemos computar 2.400.000, una vez descontados los más de 600.000 perdidos en el proceso tan necesario de reconversión de la economía de los sectores primarios. Desgraciadamente, en 1992 se han vuelto a perder puestos de trabajo en todos los sectores.

Hemos conseguido todo esto con muchos esfuerzos, trabajo, ilusiones -y desilusiones, claro-; y con el apoyo también -qué duda cabe- de un entorno exterior que en líneas generales nos ha sido muy favorable. Dentro de aquel esfuerzo nacional interior cabe destacar el de la inversión: La FBCF, apenas un 19% del PIB en 1984 se situaba en 1991 en el 24%, y su crecimiento en valores absolutos era de hasta un 87% en términos constantes. Habíamos pasado de una inversión por habitante de 187.000 pesetas en 1984 a 343.500 en 1991 (pesetas del 92). Luego en 1992 también ha descendido, como se sabe.

Pero aquí comienzan las cavilaciones. Este gigantesco esfuerzo inversor no parece tener más que un éxito mediocre. El aumento de la población ocupada no logró disminuir suficientemente el desempleo, y nuestras cifras de parados, aún rebajando todo lo que intuimos de falso, son muy elevadas en comparación con los países centrales de la CE. Para mayor cuestión, se relacionan sobre tasas de actividad francamente bajas, el 49% apenas de la población potencialmente activa. ¿Qué debería concurrir entonces para que consigamos tasas de ocupación que se puedan homologar a las europeas? Esto parece una cuestión muy importante para la convergencia real.

Encontramos otro motivo de reflexión en el rendimiento económico de esas inversiones. Aparentemente aquí el éxito es también muy escaso. Ese 87% de incremento en la FBCF consigue un 31% de aumento del PIB. La razón incremental media del ratio capital/producto, de 2,8, no parece ciertamente halagüeña porque si converger con esos países centrales requiere un aumento del PIB del 25% o más, las cuotas de inversión que se necesitasen podrían ser prohibitivas.

Otra reflexión que surge al filo de esas mismas magnitudes que hemos transcrito: Si en 1984/91 el PIB aumentó en 31% y la población ocupada un 16%, la productividad del factor trabajo se ha incrementado en tan sólo un +13% en siete años: una modesta tasa anual apenas del +1,8%, que encubre una realidad peor aún, porque excluyendo los sectores primarios en los que su reconversión forzó la productividad hasta un +49%, su crecimiento en los sectores no

agrarios fue de un +4,4% en estos siete años, equivalente al +0,62% anual. Tantos esfuerzos, con tanto apoyo exterior, merecían haber obtenido resultados más alentadores.

(En 1992 el panorama se ha trastocado: inversión decreciente, -3%; población laboral en retroceso, -1,9%; PIB creciendo, si bien muy débilmente, 1%; Productividades de capital y de trabajo crecientes. Pero no creemos que éste sea un modelo a seguir).

Verdaderamente si nos tenemos que acercar a Europa en eficacia económica, en rentas y salarios, y, en una palabra, en competitividad, hay que modificar algo radicalmente. Y ese algo tiene que ser la evolución de la productividad, aunque no, evidentemente, en los términos de 1992.

Hace ya algún tiempo tuvimos ocasión de escuchar varias reflexiones muy importantes sobre esta materia. La cuestión de la productividad es de "enorme trascendencia ... sólo el incremento de la productividad permitirá aumentar la capacidad de competencia..."⁽¹⁾ "... Si la empresa española no es capaz de aflorar productividades más altas ... dentro de un plazo relativamente corto ... el problema es cómo se incrementan radicalmente las productividades en la asignación de los recursos ... no se trata de incrementos de productividades pequeñas, sino de grandes incrementos ..."⁽²⁾ "La competitividad no puede construirse sólo sobre el precio del factor trabajo sino sobre el pilar de la productividad..."

Si queremos efectivamente que se obtenga en un futuro razonable una convergencia real con los países centrales de la CE debe aumentarse el PIB por habitante. Debe asegurarse además según hemos dicho que ello se alcanzará aumentando grandemente la población que trabaja tanto por absorción del desempleo actual (del real, naturalmente) como del paro desanimado (aumento de la tasa de actividad). Y, desde luego, con salarios que también sean convergentes con los de esos países, porque el "dumping social" (sea lo que fuere lo que eso significa) tendrá que desaparecer también. Y todo ello es imposible, por descontado, sin esa "afloración de productividades más altas"; sin incrementar "radicalmente" la productividad⁽³⁾.

Aumentar la productividad es cosa de empresarios: Constituye uno de sus retos más inalienables y el que no sabe responder al mismo no puede calificarse con autenticidad de "emprendedor". No podemos por menos de transcribir a este respecto unas palabras del Presidente de CNC:

"... Si no logramos imbuir en las empresas y en los trabajadores que este concepto es fundamental, no habremos logrado formar ni buenos empresarios ni buenos trabajadores ... Este concepto ha dejado de ser un principio de enunciado general para convertirse en una necesidad inmediata y concreta ... es absolutamente necesario mejorar nuestra productividad ... Sólo así podremos atenuar la evolución de nuestros precios, y cumplir lo que el país exige ..."⁽⁴⁾.

(1) José Ramón Álvarez Rendueles, "La empresa en la Europa de los 90". 27ª Asamblea miembros IESE. Zaragoza. 1989.

(2) Santiago García Echevarría, "El Reto Empresarial Español". *La Empresa Española y su competitividad*. Madrid. 1989.

(3) Mario Conde, "El papel del empresario en la situación económica actual". *Universidad de Santiago de Compostela. Facultad de CC. Económicas y Empresariales*. 1990.

(4) Jesús Roa, IV Jornadas Nacionales de CNC. Zaragoza. 1990.

Pero, por otra parte, asegurar que la productividad pueda aumentar en esos términos "radicales" que reclama el Profesor García Echevarría exige una decisión seria de la dirección política económica del país. Son muchos los obstáculos que diseñan un entorno desfavorable para este quehacer, y el removerlos debería constituir el eje esencial en la dirección de la economía nacional que, de hecho, se polarizó demasiado hacia el plazo inmediato.

Podemos pasar entonces a describir algunas de tales condiciones negativas que revisten particular gravedad hablando en primer lugar de la carencia de las adecuadas infraestructuras y equipamientos de base. Se ha puesto nuevamente de manifiesto este tema cuando estudios empíricos de Estados Unidos demostraron cuanto se venía ya argumentando desde hace tiempo en nuestro país; El lector ha podido encontrar hace algún tiempo páginas muy sustanciosas sobre ello en esta misma publicación⁽⁵⁾. No es procedente insistir pues, pero sí puntualizar lo que la política económica ha tenido precisamente en esta materia de excesiva preocupación por el plazo inmediato. Cuando han concurrido circunstancias adversas, por las razones que fueran, lo primero que se ha sacrificado ha sido la inversión pública, es decir, esa tarea de dotar a la sociedad española del adecuado capital colectivo. Y así, de crecimientos anuales de la construcción del orden de hasta el 10% e incluso 14% (años 1988/90), se pasa bruscamente al estancamiento e incluso a importantes regresiones como la del -4,6% en 1992 (datos CNE); y si atendemos con mayor concreción a la conducta del Sector Público, la licitación oficial de construcciones, que tuvo crecimientos del 30% y 37% en 1988/90, cayó radicalmente con posterioridad: -32% un 1991 y -23% en 1992.

Esta arritmia tan marcada fruto de ese desdén hacia el futuro es seguro que ese mismo futuro nos lo hará pagar bastante caro es increíble v.g. que diez años después de aquellas angustiosas sequías de comienzos de la anterior década se reproduzcan las mismas situaciones de emergencia. Pensemos también lo que una absoluta ceguera -que no ya miopía- contribuyó a la descomunal elevación del precio del suelo urbano, y, por consiguiente, del precio de las viviendas; y lo que ello dificulta ahora el logro de la contención salarial y la movilidad laboral. Pero, además, teniendo en cuenta que el Gasto Bruto Total de construcción viene a ser el 16%/18% del PIB, se acaba desestabilizando también en gran medida toda la evolución del sistema económico, lo que, a fin de cuentas, quebrantará sensiblemente la propia adecuación de esa política económica a sus objetivos de corto plazo.

Segundo gran escollo de la economía nacional para incrementar su eficacia es que las cantidades destinadas en España a investigación y desarrollo, formación profesional y tareas similares son insuficientes. Las ayudas concedidas por las Administraciones Públicas para estas actividades son igualmente reducidas y tampoco están muy bien coordinadas. Pero indudablemente el esfuerzo principal recae sobre ese empresario, el "emprendedor", como antes hemos pretendido calificarle. Ahora bien, cuando los márgenes de excedentes son reducidos, las ayudas fiscales pequeñas, el capital ajeno muy caro, etc. no parece se le pueda exigir a las empresas un aumento apreciable de fondos para estas dedicaciones.

Márgenes de excedentes reducidos son debidos entre otras cosas a costes quizá muy elevados. El coste laboral y su incremento gravitan onerosamente a este respecto en el tejido industrial, y, una vez más, se aprecia la necesidad de recomendar moderación salarial. Pero, aprendamos algo de las anteriores reflexiones: no olvidemos que la auténtica tabla de salvación

(5) José Folgado, "Infraestructuras y Convergencia con la CE". *Cuadernos de Información Económica* nº 55. Octubre 1991.

de la economía nacional se encuentra en los incrementos de la productividad. Y empezamos, de una vez, a la par, a trabajar en ello.

La conducta de ciertas actividades terciarias constituye también motivo de preocupación. Se desenvuelven en régimen muy cerrado a la competencia y atienden una demanda generalmente inelástica a los precios y elástica a los incrementos de renta. Todo ello les permite generar un valor añadido excesivo (la apropiación de los excedentes de los consumidores). Es fácil comprobar, efectivamente, que no se limitan a la mera traslación de los incrementos de sus costes (correas de transmisión perfectas) sino que la inflación repercutida sobre su demanda es muy superior a la recibida de sus suministradores, mano de obra incluida. En estas condiciones pueden permitirse la fijación de los salarios con una gran libertad dado que, en el fondo, no es sino una manera de repartirse entre los agentes (primando, lógicamente, la paz laboral) ese suplemento de "tarta" -perdónese la expresión-, obtenido a costa de sus consumidores.

Es necesario de todo punto deshacer tan potente núcleo latente de inflación, no sólo porque de otra manera es inútil recomendar alguna mayor disciplina a los demás segmentos del mercado laboral, sino porque induce un importante foco adicional de inflación de costes dada la terciarización creciente de los procesos productivos.

Una quinta consideración muy seria, nos debe merecer el Sector Público. Gasta demasiado, de acuerdo; no insistiremos en ello porque hartos se analiza ya por los expertos. Pero, tanto peor, además lo gasta mal, con lo cual, los costes operacionales de la economía aumentan enormemente: Correos es un desastre, por lo que debemos acudir a empresas privadas de Servicio Postal. La Seguridad Social es otro desastre; de ahí la proliferación de las Sociedades Médicas. Mejor no hablar de la enseñanza, de donde la cantidad de colegios privados, academias, cursos y cursillos, "Masters" etc., buscando la acomodación de la oferta laboral a la demanda real del mercado. Hasta la Seguridad Pública, actividad ciertamente la más emblemática del Sector Público, falla; y se tiene que recurrir a la iniciativa particular también en este campo. Devolver a las Administraciones Públicas la disciplina en la eficacia tanto o más que la de la moderación en el gasto creemos ciertamente que es una de las operaciones más importantes que deben llevarse a cabo en nuestro país.

Acabando estas reflexiones tenemos que decir que, por descontado, uno de tales trabajos que tienen que mejorar mucho -aquí, la ejemplaridad tiene que ser norma básica- es el de la recaudación. Es intolerable la dejación a que se ha llegado en el fraude fiscal y ninguna Administración, ningún político, tiene título alguno para exigir o recomendar sacrificio o solidaridad a ningún colectivo parcial o total de la nación cuando se sigue permitiendo que determinados privilegiados escapen de lo que constituye el primer deber de un ciudadano: contribuir a las cargas comunes conforme han sido establecidas por la autoridad legítima. Tampoco lo tienen, por descontado, las instituciones privadas que lo fomenten, lo amparen o lo justifiquen. Excelentes a este respecto unas declaraciones que tuvimos oportunidad de leer hace muy poco solicitando mayor dureza en la lucha contra la evasión fiscal combinada con la incentivación del ahorro y un recorte de las cotizaciones: "Ahora mismo se pagan unos impuestos desmedidos aunque no debe permitirse la menor discusión sobre la obligatoriedad de satisfacerlos mientras lo exija la ley"⁽⁶⁾. Obligatoriedad de satisfacerlos, pero también, desde luego, de exigirlos, a todos, por quien corresponda. El déficit público, los tipos tributarios sobre el

(6) José Antonio Segurado, "Dentro de unos meses la situación económica será peor", *El Mundo*; 19-IV-93.

contribuyente ya capturado, y la capacidad inversora en capital social público son cuestiones que se verían extraordinariamente favorecidas con ello.

Podríamos comentar otras varias cuestiones. Hemos querido meditar sobre algunas que nos parecen de mucha trascendencia por ser condiciones estructurales muy consolidadas y de difícil remoción. Y porque consideramos que, quizá por ello mismo, no acaban de recibir la atención que se les debe: los logros en esta materia son forzosamente lentos y los resultados a corto plazo modestos. Tal vez nuestras reflexiones contribuyan a corregir en alguna medida esta eventual miopía.